



Rompiendo tópicos

‘¿Anda ya, vas a ser tú gitano!’

Hoy se celebra el Día Internacional del Gitano. En Andalucía viven unas 300.000 personas de esta etnia que siguen mayoritariamente en situación de pobreza y exclusión, aunque cada vez hay más integrantes que no responden a la imagen que la sociedad tiene preconcebida

MANUEL CONTRERAS



HOY hace cincuenta años, el 8 de abril de 1971, se reunieron en Londres representantes de organizaciones gitanas de diversos países en el Primer Congreso Mundial Gitano, un encuentro en el que se instituyó la bandera gitana y se adoptó como himno una antigua canción en lengua romani, Gelem Gelem, que habla de sufrimiento y persecución. Medio siglo después, se calcula que en España residen unos 750.000 gitanos (entre 300.000 y 350.000 en Andalucía) que, habiendo mejorado mucho su situación en las últimas décadas, continúan mayoritariamente en situación de desigualdad respecto a la población en general. Se trata de una población joven —el 66% es menor de 30 años— con un déficit de formación que se traduce posteriormente en una menor actividad profesional y peores datos socioeconómicos. Así, según el último estudio sobre este colectivo realizado por la Fundación Secretariado Gitano, correspondiente a 2018, sólo el 17% de los escolares de esta raza acaba la ESO, frente al 80% de la población general.

La tasa de paro es del 52%, triplicando la media nacional, y el 46% de las familias están en riesgo de extrema pobreza. El nivel de asalariados entre este segmento poblacional es del 53%, frente al 84% de la población general, y la temporalidad afecta al 73%, frente al 28% del global del mercado laboral. Esta situación consolida el estereotipo de marginalidad de los gitanos y su discriminación. Así, el 39% de las personas gitanas afirman haberse sentido discriminadas en el último año.

La situación, empero, tiende a mejorar, aunque muy lentamente. El porcentaje de gitanos sin ningún tipo de estudios se redujo del 71% en 2005 al 36,5% en 2018, mientras que la estadística de estudios superiores creció del 1,1% al 3,2% en el mismo periodo. «Desde que se promulgó la Constitución y se derogaron las más de 200 leyes antigitanas hemos avanzado mucho, pero la sociedad todavía más, por lo que se mantiene la brecha diferencial», razona Juan Manuel Reyes Campos, director del Secretariado Gitano en Andalucía. «El colectivo gitano no goza de las mismas oportunidades que el resto de la sociedad, y además per-



PACO MARTÍN



Juan Peña
 Abogado

«En el momento en que se establece una distinción por ser gitano ya existe una discriminación. No somos una reserva india»

siste la discriminación. Somos la población más rechazada de España, según el CIS. El imaginario social contra los gitanos está muy arraigado», agrega. «A mi muchas veces me han dicho: 'tú no eres como los gitanos'. Y yo les contesto: '¿Tú has visto a algún gitano en tu vida? Hay muchos como yo. Lo que ocurre es que no respondemos al cliché que tienes en la cabeza'.

En este sentido, Reyes lamenta que

la mayoría de los escolares gitanos están segregados en institutos de barrios marginales, dedicados a colectivos vulnerables y en los que «hay chicos que acaban la ESO casi sin saber leer y escribir. La administración tiene que hacer un esfuerzo para garantizar la igualdad de derechos que establece la Constitución».

La solución pasa porque los gitanos quieran ocupar otro rol en la sociedad y que la sociedad admita esa incorporación. Desde la Fundación se trabaja para garantizar el acceso a la educación del mayor número de niños posibles y con un programa de formación profesional en el que participan 5.000 personas a las que se les forma en función de la demanda real de las empresas. «El gitano tiene que ser dos o tres veces mejor que el ciudadano normal para lograr el mismo estatus», afirma Reyes, licenciado en Económicas y Em-



SERGIO RODRÍGUEZ

Joaquín Fernández Ingeniero industrial

«Todavía hoy a la gente le sorprende ver a alguien de mi raza con estudios superiores. Hay un racismo latente en la sociedad»

presariales por la Universidad de Sevilla, «y como te equivoques, porque todos nos equivocamos, si eres gitano corres más riesgo».

Aunque el tópico sigue vinculando al gitano con el flamenco o la venta ambulante, cada vez son más las personas de raza calé con estudios superiores e integradas en sus respectivos sectores profesionales. Joaquín Fernández Flores estudió ingeniería in-

dustrial electrónica en la Escuela Politécnica de la Universidad de Cádiz. Nada más terminar entró en prácticas en Acerinox con un contrato de seis meses, y al concluir este periodo le ofrecieron quedarse en la empresa. A sus 24 años lleva tres con un contrato fijo en esta compañía ubicada en Algeciras. Joaquín nunca escondió su condición de gitano, de la que se siente muy orgulloso, aunque resalta que en la carrera algunos compañeros no se lo creían cuando lo supieron. «Siempre hay alguno que te dice 'anda ya, vas a ser tú gitano...' Es cierto que todavía hoy sorprende ver a alguien de mi raza cursando estudios superiores. Cada vez hay gente más concienciada, pero persiste un racismo latente en la sociedad. Nos enfrentamos a más obstáculos que los demás por el hecho de ser gitanos, porque siempre hay prejuicios y clichés que juegan en



RAÚL DOBLADO

Lorena Gabarri Enfermera

«En el colectivo gitano hay muchas personas con ganas de prosperar, pero no siempre tienen oportunidad. Yo les digo que lo intenten»

tu contra. Con el gitano hay una desconfianza permanente», afirma. No obstante, Joaquín no recuerda haber vivido ningún episodio serio de discriminación. «Tengo mi grupo de amigos gitanos, y alguna vez hemos tenido problemas para entrar en una discoteca y cosas así. Pero en mis cumpleaños o en mi boda he mezclado a mis amigos gitanos y payos y han congeniado bien», afirma este gitano

enamorado del flamenco que intentó aprender a tocar la guitarra sin éxito. «El que vale para los números no vale para la música», admite con una sonrisa. Joaquín se sabe parte de una minoría en su etnia, la que tiene estudios universitarios y empleo fijo. «No quiero que me vean como un bicho raro. Cuanto más seamos, mejor. Ya hay bastantes, pero cuantos más seamos más fácil será derribar mitos y prejuicios», señala.

Lorena Gabarri Herrera, 26 años, nació en las Tres Mil Viviendas, donde se crió junto a sus tres hermanos mayores. Su padre se dedicaba a la venta ambulante, y cuando ella nació pudo abrir una pequeña tienda de desavío en el barrio. Él no pudo estudiar, y se esforzaba porque sus hijos adquiriesen una cultura a la que no tuvo acceso. Lorena estudió en el instituto Ramón Carande y des-





▶▶▶ de pequeña se le dieron bien los libros. Acabó la secundaria con matrícula de honor, y al matricularse en la Facultad de Enfermería oyó murmullos de que para lograr su buen expediente había tenido el listón muy bajo por tratarse de un instituto en zona marginal. Pronto demostró que nadie le había regalado nada: en los cuatro años de Enfermería sólo le quedó una asignatura para septiembre. Hoy trabaja en el centro de salud Blas Infante de Coria del Río, donde estos días pone vacunas contra el Covid. «En el mundo gitano hay mucha gente que quiere prosperar, pero no siempre tiene oportunidad», afirma Lorena. «Yo les digo que se puede, que el futuro te lo labras tú mismo. Es más complicado para nosotros porque normalmente el ambiente no incita a ello, pero hay que luchar contra corriente», afirma.

Ella sabe de eso. Dice haber superado un triple obstáculo: ser mujer, gitana y de barrio marginal. «La sociedad es racista y machista, y lo seguirá siendo», sostiene. Ella, que no tiene rasgos gitanos, prefería no comentar su condición en la facultad porque «la gente te pone enseguida el sambenito». Hasta que un día hubo una alusión en clase poco favorable para la etnia y ella se levantó y reveló su raza. «Noté rechazo en algunos alumnos que a partir de entonces marcaron distancia conmigo, en el profesorado para nada. En mi trabajo tampoco he tenido problemas», dice.

Ejemplo paterno

Lorena está muy orgullosa de su condición gitana, que personifica en su padre. «Mi concepto de gitano es mi padre. Es un ejemplo de bondad y defensa de la familia. Sin él no hubiera llegado donde estoy, él confiaba en mí y me transmitió esa confianza», explica. «Me llevaba a la facultad todos los días y me intentaba quitar las piedras del camino. Me ha ayudado económicamente, igual que mis hermanos. Él pertenece a una generación en la que muy pocos gitanos pudieron estudiar».

Juan Peña Fernández también pertenece a esa generación. El próximo día 27 se cumplirán 73 años desde que este gitano naciera en Jerez, en la calle Nueva, zona de convivencia entre gitanos y payos. Su padre era jornalero y trabajaba en el campo de forma eventual. Juan se crió en una humilde casa de vecinos que compartían gitanos y payos, y no recuerda tensiones por ello. «Había las clásicas rencillas y peleas, pero no tenían que ver con la raza. Allí no se usaba la palabra gitano como reproche. Sabíamos cómo éramos unos y otros y nos respetábamos», explica.

Su ilusión de pequeño era ser abo-

gado, pero las penurias económicas y la eventualidad en el trabajo paterno, que obligaba a la familia a desplazarse al campo para la recolección, convertía los estudios en una quimera. Hasta que con 19 años su padre logró un empleo fijo «y ahí se acabó la pobreza», recuerda. Con esa edad estudió alfabetización en un grupo escolar adscrito a la casa parroquial, donde cursó los estudios primarios mientras trabajaba de peón de fontanero. Posteriormente estudiaría la carrera de Graduado Social y, una vez terminada, cumplió su sueño de estudiar Derecho. Se licenció con 34 y con tres hijos en el mundo.

Juan cree que la situación ha mejorado mucho en Jerez, donde «hoy es raro el pequeño que no está escolarizado. No es que haya más accesos a la educación, que siempre lo hemos tenido. Lo que ocurre es que ahora se estudia más porque hay más estabilidad laboral. Yo no iba al colegio no porque no quisiera, sino porque me tenía que ir con mi familia al campo».

No cree que su condición de gitano le haya perjudicado en su carrera profesional, que se ha centrado mayoritariamente en los asuntos matrimoniales.

«Creo que la mayoría de los clientes no sabían que soy gitano. En una ocasión, un cliente gitano, mayor que yo y por tanto más inteligente, me dijo educadamente al terminar el pleito si me podía hacer una pregunta personal. En realidad no era una pregunta, sino una afirmación. 'Usted es gitano. Me di cuenta en cuanto entré en su despacho', me dijo. Es verdad eso de que los gitanos nos reconocemos, aunque también hay mucho equívoco con eso», afirma Juan.

Recuerda que cuando terminó la carrera le ponían de ejemplo en el colectivo calé, pero Juan siempre ha defendido la normalidad de que un gitano afronte los estudios. «No somos una reserva india», afirma, «yo pienso como persona, no como gitano. Estoy orgulloso de ser gitano, pero es una circunstancia, no se elige. No me condiciona ni social ni profesionalmente, en el momento en que se hace una distinción por ser gitano ya significa una discriminación», asegura.

Selectividad con 37 años

Rocío Santiago Cortés también comenzó tarde sus estudios de Magisterio, a los 37 años. En su caso la motivación no fue una vocación temprana, sino algo espiritual. Esta cordobesa del barrio de la Fuensanta, casada con el guitarrista Pepe Toques, trabajaba en Sadeo como empleada de limpieza. Cuando vivía en La Línea descubrió la Iglesia evangélica y sintió la llamada de Dios. Tras realizar la selectividad,



VALERIO MERINO

Rocío Santiago Profesora

«El gitano es una persona cualquiera, alguien que ama la vida, se preocupa por su familia, es fiel a sus convicciones y tiene metas»

comenzó la carrera de Magisterio con la ilusión de ser profesora evangélica. Hoy, retornada a su Córdoba natal, lleva 16 años impartiendo esta doctrina en seis colegios de la ciudad, atendiendo a un centenar de niños y contenta de haber alcanzado la meta que se propuso. Las ganas de formarse no se han apagado, y este año cursa tercero de Teología. Su marido es pastor en la iglesia evangélica de La Torrejilla, conocida como «el Templo».

Rocío no se ha sentido discriminada por su condición de gitana, aunque a veces le molesta que den por hecha su vinculación con el flamenco por pertenecer a esta etnia. Para ella, ser gitano es «ser una persona como otra cualquiera, que ama la vida, se preocupa por su familia y tiene sus metas. Es fiel a sus convicciones y ama a Dios, que es su máxima prioridad».

La fe evangélica tiene una gran aceptación en esta etnia. Rocío lo achaca a que «el gitano es una persona que se da de corazón, y la palabra del Señor está en el corazón. La Iglesia evangélica está muy extendida en mi raza y las consecuencias son muy beneficiosas, porque nos ha ayudado a ser mejores personas», explica. Ella recomienda a los gitanos «que estudien, sean valientes y se formen, no importa la edad. Y que busquen a Dios y se entreguen a Él. Con Dios todo es posible».